

El don anual de la Pascua

Homilía en la celebración de la Vigilia Pascual. Iglesia Catedral

11 de abril de 2009

La Pascua cristiana, nuestra Pascua, tiene su antecedente - como es bien sabido- en la Pascua judía; de allí le viene precisamente el nombre. La liturgia de la Palabra que se ha desarrollado, con sus lecturas, cantos y oraciones, señala muy bien la continuidad y la transformación: las siete lecturas del Antiguo Testamento preparan el mensaje del Nuevo y conducen a él, al anuncio de Cristo, que es nuestra Pascua: *el Crucificado ha resucitado* (Mc.16,6). La inmolación del cordero y el paso del mar que jalonaban la antigua pascua eran figuras de la redención cumplida en la Pascua de Cristo y de sus fieles, los cristianos. De los Apóstoles del Señor recibió la Iglesia, constituida por los paganos que se unieron al resto de Israel en la fe de Cristo, el rito de la nueva Pascua. Un escrito del año 150 llamado “Epístola de los Apóstoles” presenta la celebración pascual como una memoria de la muerte gloriosa cumplida en una vigilia nocturna. Esa memoria no es un mero recuerdo histórico, sino la misteriosa presencia del acontecimiento: *Esta es la noche* se repite varias veces en el pregón que interpreta el lucernario en el cual se inició la vigilia; la noche en que Dios sacó de Egipto a nuestros padres, los hijos de Israel, y la noche en que Cristo rompió los lazos de la muerte y surgió victorioso del abismo. San Agustín expresaba así la eficacia de la celebración: *en la repetición anual de la Pascua, en la luminosa solemnidad de esta noche, al renovar la memoria de la Resurrección del Señor, en cierto modo la realizamos.*

La Pascua de Resurrección señala el tránsito del sábado al domingo, del *shabbat* judío, en recuerdo de la primera creación al día del Señor, la *kyriaké*, en recuerdo y vivencia siempre actual de la nueva creación, de la gracia divina que brota del Redentor resucitado. Desde la época apostólica comenzó a celebrarse la Pascua semanal con la Eucaristía, sacramento de la muerte y resurrección de Cristo, santificando así el primer día de la semana, que es el día octavo, porque viene después del séptimo, y por tanto significa la plenitud que supera toda plenitud. Discutiendo en el siglo IV con los judíos, decía San Juan Crisóstomo que ellos celebran la pascua sólo una vez al año; en cambio, para nosotros los cristianos, *la pascua se hace tres veces por semana, alguna vez incluso cuatro veces, o más bien*

cada vez que se quiere. En efecto, la pascua no consiste en el ayuno, sino en la oblación y en la inmolación que se hace en cada sínaxis (se llamaba así a la asamblea litúrgica)... la Pascua consiste en anunciar la muerte del Señor. Esta costumbre, plenamente consolidada desde aquellos lejanísimos tiempos, no menoscaba el valor de la solemnidad anual, ya que ésta, como observaba San Agustín, tiene el poder de evocar de nuevo ante el espíritu con más claridad, de suscitar mayor fervor y de alegrarnos más intensamente, por el hecho de que retornando a distancia de un año, nos representa, por así decir, visualmente el recuerdo del acontecimiento. El lenguaje simbólico de la liturgia se despliega con especial elocuencia en esta celebración anual que es, desde los orígenes, la gran fiesta de los cristianos, en la que se comprendía todo lo que creemos, se renueva el compromiso con el camino de vida que hemos abrazado y se vislumbra un anticipo de lo que esperamos alcanzar.

Para comprender qué significa la pascua debemos escuchar a los Padres de la Iglesia, aquellos pastores y doctores que fieles a la tradición primitiva elaboraron una teología del misterio cristiano. Por ejemplo, San Atanasio, obispo de Alejandría, se expresaba así en una de sus Cartas pascuales: *El mismo Dios que al principio instituyó para nosotros esta fiesta, nos ha concedido poderla celebrar cada año; y el que entregó a su Hijo a la muerte por nuestra salvación nos otorga, por el mismo motivo, la celebración anual de este sagrado misterio. Esta fiesta nos sostiene en medio de las miserias del mundo; y ahora es cuando Dios nos comunica la alegría de la salvación, que irradia de esta fiesta, ya que en todas partes nos reúne espiritualmente a todos en una sola asamblea, haciendo que podamos orar y dar gracias todos juntos, como es de ley en esta fiesta. Esto es lo admirable de esta festividad: que él reúne para celebrarla a los que están lejos y junta en una misma fe a los que se encuentran corporalmente separados.*

La repetición anual de la Pascua puede engendrar una cierta costumbre; podemos contar las pascuas de nuestra vida como contamos nuestros años. Pasa una pascua, y otra, y otra, y todo sigue más o menos igual, y nosotros adormecidos en una cómoda rutina. Pero en realidad, cada Pascua es una ocasión única en la vida, que se renueva anualmente como un don; Dios nos entrega cada año el sagrado misterio que es su Hijo, Cristo, nuestra Pascua, que ha sido inmolado. El don anual de la Pascua cae en la trama de nuestra vida ordinaria para rescatarla de su gris opacidad; los sucesos que configuran nuestra existencia cotidiana, entre los que no faltan frustraciones ni penas, que podrían arrebatarnos en el vértigo o hundirnos en el tedio, manifiestan su significado providencial si

entramos en comunión con el Resucitado y comenzamos de una vez por todas a vivir en su misterio pascual. *Esta fiesta nos sostiene en medio de las miserias del mundo*, decía San Atanasio. No nos induce a la resignación, sino que nos comunica la fuerza transformadora que viene del *otro* mundo, del mundo de la resurrección. Continuamos viviendo en este mundo, pertenecemos a este antiguo eón, pero recibimos a Cristo y nos enriquecen los dones y carismas de su Espíritu que son el anticipo del eón futuro; debemos recorrer el camino de la cruz, pero bajo la ley del Resucitado. Podemos experimentar entonces la alegría de la salvación.

La lógica de la Pascua consagra un cambio: *el Crucificado ha resucitado* y la transformación final del universo ha comenzado en él. El cristiano está llamado a vivir según esa lógica; debe reconocer que para eso renació en la fuente bautismal, en el sacramento que imita ritualmente el cambio pascual del Señor. La renovación de las promesas bautismales, que tendrá lugar a continuación, significa que hemos comprendido la ocasión que esta gran solemnidad nos ofrece, y que estamos dispuestos a aprovecharla. *Ahora es cuando Dios nos comunica la alegría de la salvación que irradia de esta fiesta*, sigue diciendo San Atanasio. No se trata de una impresión subjetiva, de una emoción momentánea; es una realidad objetiva, es un don que se recibe en la fe y se hace vivencia por el deseo de la caridad; precisamente, el gozo y la paz son el fruto del amor de Dios. Para que podamos entrar en la lógica pascual, la Iglesia ha instituido, desde muy antiguo, el proceso penitencial de la Cuaresma, orientado sobre todo a despertar la conciencia de lo que somos, de nuestra condición cristiana. La percepción espiritual de la alegría de la salvación, que brota de esta solemnidad, tiene su medida en la intensidad mayor o menor de la conversión cuaresmal, sellada en el sacramento de la reconciliación.

Hay otro elemento decisivo en la celebración pascual: en ella participamos de una solemnidad común, es una fiesta que es de todos; la Iglesia es el gran sujeto litúrgico de la Pascua. Nunca la celebramos solos, aunque para cada uno de nosotros sea una experiencia intransferiblemente personal. Los que nos hemos reunido en esta catedral, los que han llenado y llenarán mañana las iglesias de la ciudad, del país y del mundo, constituimos una inmensa y única asamblea congregada en una misma fe. *Esto es lo admirable de la actual festividad*. Nosotros podemos comprobarlo quizá con mayor admiración que en los tiempos pasados: somos muchos, en efecto, en el mundo entero. La Iglesia crece misteriosamente,

a pesar de todas las contradicciones, de las insidias persecutorias y del martirio moral que la cultura descristianizada impone a los verdaderos fieles. Los comienzos fueron mínimos: tres mujeres asustadas ante el joven vestido de blanco que señalaba la tumba vacía. *Ellas salieron corriendo del sepulcro, porque estaban temblando y fuera de sí. Y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo. (Mc. 16,8)*. El Evangelio de Marcos, que hemos escuchado esta noche, termina así abruptamente, con un giro extraño en el original griego del texto; como si quedara inconcluso, con un final abierto, a completar. Lo han completado, en los hechos, los veinte siglos de historia cristiana. Y nosotros, fieles del siglo XXI, haremos lo posible para seguir completándolo.